

## EL OCIO FECUNDO O "TIME IS NOT MONEY": EL PROBLEMA DEL TIEMPO LIBRE EN NUESTRA EPOCA

por el prof. HANS ZBINDEN  
De la Universidad de Berna

La pugna por un tiempo libre aumentado y reglamentado cobra un cabal sentido y su valor humano y espiritual por el modo y manera como es empleado este tiempo libre. Es aquí el problema fundamental. Y no podrá negarse que la inmensa mayoría de los comprendidos en la sociedad industrial de nuestros días en modo alguno están aún suficientemente preparados para un razonable empleo de sus horas libres que realmente signifique enriquecimiento espiritual, alivio y goce saludable. Las ventajas sociales de jornada de trabajo más corta, fin de semana ampliado y más largas vacaciones, que se han impuesto en el transcurso de una generación, han traído consigo una estéril pausa estimulada fuertemente por la llamada "industria del tiempo libre", infatigable en su propósito. Esta pausa estéril de un tiempo libre que transcurre sobre todo en una actitud de pasiva receptividad y mera distracción, no sólo no significa descanso físico y espiritual, sino que, en muchos casos, tiene más carácter destructivo que edificante, se orienta más en el sentido de la degeneración que en el de la regeneración. Por mucho que nos complazca el progreso social logrado con la ampliación del tiempo libre, no puede negarse la problemática fisonomía que evidencian hasta hoy sus resultados.

Se refiere esto en primer término al hecho de que las personas —viejos, hombres maduros, juventud— que participan de esta bendición, en modo alguno han sido preparadas para dádiva semejante. Se les ha preparado y adiestrado para su profesión, mas no para la "segunda parte" de su existencia que se ha agregado al antiguo carácter de su actividad, es decir: para el empleo razonable de sus días y semanas fuera de la actividad profesional. La explotación industrializada del tiempo libre pone esto de manifiesto tan claramente como la tendencia a organizarle en un centenar de formas, de organismos e instituciones privadas y estatales. La organización del tiempo libre es en el fondo un concepto errado, un contrasentido. Pues el auténtico "tiempo libre", significa justamente lo contrario. Significa que por propia, personal iniciativa, el individuo, con el tiempo libre de que dispone, hace algo que individualmente le interesa, que de la manera más honda responde a un anhelo o un deseo propios y el desarrollo de lo que en potencia es capaz no encuentra estímulo en su profesión, o no lo encuentra suficientemente. Se trata, pues, de lo que atañe a la esfera personal, remoto a lo colectivo organizado desde fuera; se trata de aquello a que el individuo se siente

impulsado por propia aspiración y da forma espontánea como expresión de su carácter personalísimo.

Bajo esta perspectiva, los innumerables esfuerzos colectivos para estimular un "ocio fecundo", es decir, el cúmulo de sugerencias a modo de consejos para que el tiempo libre sea beneficiosamente aprovechado, en el fondo son secuela de una situación embarazosa ocasionada por el imprevisto, casi repentino regalo de la considerable ampliación del tiempo libre, claro síntoma de cuán poco la gente ha sido educada y adiestrada para esta posibilidad. Pues también esta reserva de energías necesita ser encauzada, educada, orientada. Sólo que esto no debe ocurrir a posteriori, terminado ya el período escolar: debe ser iniciado con éste, y tanto en la escuela como en el hogar. El empleo razonable del tiempo libre exige, más aún que la preparación profesional, un ejercicio y un hábito del carácter más íntimo, con el designio, ante todo, de despertar espontáneas y fecundas necesidades, que, al margen de la actividad profesional, otorguen a la vida una riqueza interior intensificada y un más alto sentido.

En el fondo debería ser, pues, suprema finalidad de todos los buenos propósitos colectivos librar de semejante ayuda exterior al mayor número posible de personas y ponerlas en condiciones de ayudarse a sí mismas, es decir: de librarse de todo el trajín de las organizaciones y emanciparse de todo este asedio, ya se trate del turismo social, de los viajes en pullmans abarrotados, o bien del castigo de cursos y conferencias, de la avalancha de asambleas y la desbordante oferta de "posibilidades culturales" cuyo razonable aprovechamiento presupone una cierta madurez e independencia de criterio. Consecuencia de todo este trajín es hoy más bien lo contrario de lo deseado y necesario. En lugar de la madurez y la iniciativa propia tenemos las andaderas y la cooperación pasiva. Es elocuente que las dictaduras llevaran esto más lejos que nadie con la "Fuerza por la alegría" y el "Dopolavoro".

Debería, pues, darse la importancia que en realidad tiene a la superación de la profunda desigualdad entre el adiestramiento profesional y la insuficiente educación para un razonable aprovechamiento de las pausas en la tarea obligada, despertando ya en el hogar y en la escuela, a la par que la transmisión de conocimientos y el cultivo de las aptitudes necesarias para el futuro trabajo profesional, la energía espontánea que requiere una actividad creadora, elevando esto a la categoría de esencial aspiración. Se trata de hacer aptas al mayor número posible de personas para valerse con independencia, por sí mismas, sin muletas y fecundamente, durante los períodos de pausa de la tarea profesional. Arduo empeño fue imponer económicamente la obtención de un tiempo libre ampliado, mas parece cosa relativamente fácil si se la compara con la tarea de hacer al hombre

apto para disfrutar fecundamente de esta conquista social. Sólo lográndolo llegará a serlo realmente.

Ahora bien, ¿qué es ocio auténtico, fecundo? Permítase que cite a este propósito el breve fragmento de una obra mía hace ya tiempo publicada: "La cultura sólo puede generarse y avanzar allí donde el hombre dispone de tiempo. Mientras se gasten todas las energías en la pugna por la existencia o donde impere el fanatismo del trajín sin resuello, del "time is money", la vida del espíritu no podrá lograrse. . . Se produce al cabo un ritmo vital que puede resumirse en dos situaciones: frenesí del trabajo y frenesí de la diversión. Entre ambas cosas se abre, para la mayoría, la vacuidad del bostezo y el aburrimiento, y en raros instantes de reflexión, un descontento desesperado. En maldita, y al parecer irremediable rotación, trabajar para trabajar más, ganar para ganar más, producir para producir más. No importan qué: casas, cosméticos, cañones, carreteras, películas. Cuanto más mísera es la comunicación espiritual entre los hombres, mayor opulencia adquieren los medios materiales de comunicación, el tráfico de vehículos y mercancías. Cuanto más raramente se preocupan los hombres de un crear razonable y fecundo, tanto mayor es la excitación de su trajín lucrativo. De lo que es la leticia del trabajo, el recogimiento de la tarea entrañable, no tienen idea. Por ello tampoco tienen idea de lo que es verdadera libertad y verdadero ocio, que es justo lo contrario del "far niente". Es receptividad intensificada, un hacer que emerge, sublimado, del caudal más hondo de la intimidad, no de la avidez de ganancia, ni del mandato del deber, sino del amor y la libertad exclusivamente" (1).

Lo primero que la pausa del tiempo libre exige de nosotros es desentendernos de prisas y trajines, del hacer demasiadas cosas, y dejar puertas afuera la actividad habitual para entregarnos a un ritmo distinto. Para el hombre de nuestro tiempo no es esto tan fácil, pues está dominado por hábitos, que, con todas sus fibras, contrarían tales propósitos. Un vidente pensador, Alexis de Tocqueville, en su famosa obra "Sobre la democracia en América" (2), previó este peligro cuando la evolución técnica apenas se había iniciado. "No sólo se entrega la gente con esfuerzo a la meditación en las sociedades democráticas —nos dice— sino que por naturaleza les interesa esto escasamente. La forma social democrática y sus instituciones impulsan a las gentes a un hacer incesante. Ahora bien, la mentalidad que favorece el hacer en primer término, no siempre es favorable al pensamiento.

Donde todos se afanan en la acción por lo general se prefieren las decisiones rápidas y los conceptos superficiales, subestimando la honda y lenta creación espiritual. La gente está de tal modo acaparada por la acción, que le queda poco tiempo para pensar. La fogosidad con que maneja sus negocios le impide enardecerse por las ideas".

En modo alguno debe estimular esto en nosotros un cómodo quietismo. Todo lo contrario. Se cala más hondo y se comprenden mejor algunos acontecimientos del mundo si de vez en cuando se toma uno el tiempo necesario para ser uno mismo, para pensar por sí mismo en vez de dejar que piensen por nosotros los comentaristas de profesión. Un gran científico de nuestro tiempo, el mineralogo Paul Niggli (ETH-Zürich), lo expresó así hace años: "La saludable recuperación de la humanidad europea no se facilitará con la intensificación de la aparatosa actividad actual: sólo podrá ser preparada por la meditación, por una más profunda tendencia a la reflexión" (3). Muchos eminentes espíritus de nuestro tiempo se han expresado en forma parecida.

El hombre de hoy quiere emprender siempre algo, incluso en sus horas libres se siente "obrero", "empresario", poseído de un ímpetu de tarea sin respiro, con el conocido resultado de infarto cardíaco, decaimiento prematuro, incapacidad para disfrutar del descanso y temprana muerte. Incluso sus aficiones las cultiva con fanatismo, con casi animal seriedad, ya se trate de escalar montañas, de coleccionar sellos, de regatas a vela y claro que de recorrer continentes en auto "para ver mundo", o bien de partidas de caza o de coleccionar cuadros. Un fin de semana con lo que hoy parece lo más difícil: un estupendo ocio de verdadero descanso, sin emprender, ni ambicionar nada, sin hacer otra cosa que "gozar de la vida" y nada más que eso... parece un fin de semana que no vale pena.

Ahora bien, son ya muchos los incapaces de este ocio externo, que en modo alguno significa un íntimo no hacer nada. Incluso no es ya deseado por muchos. Tienen miedo de la quietud, del silencio, de encontrarse a solas consigo mismos, se evaden de ello, nerviosos, con la ayuda de incontables cigarrillos, naturalmente, volviendo con maníaca insistencia a sus menudas aficiones, a especular mentalmente sobre posibilidades de sus negocios y finanzas, todo ello como el recurso a un narcótico. Les acosa la premura de llenar de algún modo el vacío que han llegado a constituir tanto su vida profesional como sus horas libres.

Sin embargo, este "no hacer nada" es sólo la primera fase, el primer paso en la preparación del ocio fecundo. Tras el relajamiento está listo el organismo para la segunda y nueva tensión, para algo que, siendo un esfuerzo, es por completo distinto del que de nosotros exige la profesión: más natural, por así decirlo, más espontáneo y eufórico, y sobre todo, de diversa naturaleza. No me refiero, en absoluto, a una tensión como la que puede producirnos la lectura de una novela policíaca, de bien breve duración, ciertamente, a la larga monótona y que se desinfla como un globo tan pronto como hemos llegado a la última página, y aún antes, por lo general, y que en realidad viene a ser como un moderno sucedáneo de la tensión. Como síntona, sin embargo, demuestra que el hombre encuentra

relajamiento, descanso, en un nuevo género de tensión y lo mismo ocurre sencillamente con ese ocio que no significa un no hacer nada sin sentido, sino que es engendrado por fuerzas que no operan en el curso de la tarea profesional. Una función que manifiesta fatiga se recupera del mejor modo substituyéndola por otras funciones. Ahora bien, estas transiciones no deben ser demasiado violentas, ni apresuradas, ni forzadas: deben producirse con pausado ritmo, con cierta negligente armonía. Tensiones de corto aliento y de escaso valor, por lo tanto, produce, por ejemplo, el espectáculo de las competencias deportivas.

Lo más estimulante es aquella actividad que es "otra actividad", algo, distinto de lo acostumbrado, que procura reposo a las fuerzas de la tarea profesional. "La mejor recuperación nos llega, no del no hacer nada, sino de hacer algo completamente distinto", dice el Dr. Kurt A. Körberg (4).

Desde este punto de vista se evidencia el valor de más largas vacaciones. Permiten desarrollar y cultivar intereses y necesidades latentes, no estimulados o desatendidos. El nuevo ambiente, la libre naturaleza, por ejemplo, que hacen posible un ritmo distinto de la jornada, pulsán cuerdas que antes habían permanecido mudas, intactas. Aquí puede obtenerse mucho más de lo que, en lo extrañable, es un mismo, de lo que permite un breve fin de semana (5). Despiertan impulsos olvidados o nuevos impulsos, lejanas nostalgias dan su resplandor, lo soterrado empieza a germinar y agitarse. Lo que en unas vacaciones así empezó a vivir y arraigarse, puede insertarse, fortalecido, en el período profesional y otorgar contenido y orientación al más breve reposo de las tardes libres.

Sólo en un terreno así preparado psicológicamente pueden encontrar un ambiente fecundamente receptivo las escuelas populares y otras organizaciones e instituciones culturales, mientras de otro modo bien a menudo sólo sirven de desconcierto y al cabo cansan y aburren.

Cuando más se desarrolle este proceso más posible será transformar al ser humano —con frecuencia un atareado y perfeccionado bárbaro— en una criatura verdaderamente culta, psicológica y espiritualmente madura. Para ello no se necesita, en modo alguno, grandes conocimientos, por útiles que éstos puedan ser. La verdadera cultura del espíritu no exige, en primer término saber muchas cosas, sino configurar el propio ser y las propias fuerzas según una directriz válida, humana, y subordinar a ella lo que se sabe y lo que se aspira a saber. Pues esto sólo fructificará allí donde se sitúa en una conexión total que está en estrecha relación con el individuo, meta que ni el especialista, ni el que quiere saberlo todo, alcanzarán nunca. Amenaza aquí el peligro a que se refirió hace algunos años el Rector de la William Penn Charter School de Filadelfia al hablar sobre el mucho saber y el poco saber: "Si especialista es aquel que cada día sabe más sobre menos —dijo— hasta sa-

berlo casi todo sobre casi nada, hay algunos estudiosos que cada vez saben menos sobre cada vez más hasta llegar a saber casi nada sobre casi todo" (6).

A buen seguro que Georg Kerschensteiner dijo algo muy sabio al declarar que "cultura es lo que queda cuando todo lo que se ha aprendido se ha olvidado". Pues también el vértigo de aprenderlo todo puede traer consigo una forma degenerada del empleo de las horas libres. Con un atropellado asistir a cursos y conciertos, reuniones y asambleas y a un caos de exhibiciones populares semicomprendidas, nada serio se logra. También rige aquí la norma de la reflexión, del goce sereno, de la sobria elección y el recogimiento. De lo que se trata es de asimilar más bien poco, pero con hondura, entregándose a ello en plenitud.

A estas dos fases —la de la relajación en el "no hacer nada" y la tensión por un hacer distinto— se agrega la tercera y más ambiciosa: la de la propia creación. No se trata de "estar muy ocupado", a lo mejor en una faena chapucera, sino de cultivar algo de nuestra preferencia, acaso de un tipo de dilectantismo creador. Muy injustamente se da un tono peyorativo a esta palabra. *Dilettarsi* equivale a deleitarse en algo, a amar, ser "amateur", en una esfera de actividad que no sólo es de interés para el que la ejerce, ya que se trata de algo socialmente ineludible si la auténtica cultura ha de fructificar. Aquí germinan las sugerencias, las vivencias y las fuerzas indispensables para que las grandes creaciones del arte, de la literatura, de la música y la ciencia puedan llegar al vasto público. ¿Qué sería de la creación de los maestros sin los millares y millares capaces de comprenderla, valorizarla y amarla?

Mientras se esperen recetas para el empleo de las horas libres el problema no podrá acercarse a ninguna solución. Pues para esto no hay recetas. Habrá estímulo, orientación, ayuda . . . y nada más. Y esto sólo podrá ser fecundo donde individualmente encuentra ya el terreno preparado. Es lo privatísimo, lo personalísimo lo que en el ocio ha de desarrollarse y para esto podrá haber un par de directrices, pero ninguna regla y ninguna fórmula.

De la necesidad de juego del hombre ha derivado Schiller la cultura, y modernamente el investigador e intérprete de la cultura Jan Huizinga con su "homoludens". Ya en los pueblos elementales se manifiesta esta necesidad de juego y en creciente medida en las sociedades superiores. Al abrir y ampliar este camino la técnica moderna con magnitud insospechada, el juego del espíritu, del ánimo, de soñar y dar forma y figura a algo propio, puede desenvolverse libremente, sin ligaduras, ya hoy mismo, y mucho más en el futuro, tornándose en venero de rico florecimiento cultural. Para que esta esperanza y esta posibilidad se cumplan será de esencial apremio lograr que el tiempo libre del mayor número posible de seres humanos se convierta en un ocio fecundo, en el más puro sentido de la expresión.

- (1) Hans, Zbinden, Von den inneren Freiheit (Artemis Verlag, Zürich-Stuttgart, 1948, Kapitel "Schöpferische Musse").
- (2) Alexis de Tocqueville: Über die Demokratie in Amerika, Bd. II. Deutsche Verlag-Anstalt Stuttgart, 1962. N. de la R. La traducción alemana se debe al autor del presente trabajo.
- (3) Paul Niggli: Schulung und Naturerkenntnis. Erlenbach-Zürich, 1954.
- (4) Kurt A. Körber: Bulletin des Wirtschaftsring, 1961/ix, Bonn.
- (5) En lo que atañe a la problemática médica y psicológica de la semana de cinco días véase, del autor: "Humanismus der Wirtschaft" (Francke Verlag, Bern-München, 1963, Kap. "Sozialprobleme der Erholung").
- (6) Citado de Hans Zbinden, Schulnöte der Gegenwart (Artemis Verlag, Zürich, 1955).

## ANTECEDENTES PARA EL ESTUDIO DE LAS ACADEMIAS RENACENTISTAS

por el prof. LUIS ADVIS

Del Conservatorio Nacional de Música de la U. de Ch.

El término Academia se utilizó durante el Renacimiento para designar diversas formas de congregación que, por su propia naturaleza, nada o muy poco tenían que ver con el sentido griego de Academia. Sin embargo, a mediados del siglo xv encontramos en Florencia una institución, en muchos aspectos semejante a la fundada por Platón la que, acercándose así más a su arquetipo, toma el nombre de Academia Platónica Florentina.

Como caso especial dentro del Renacimiento, profundamente diversa de asociaciones de igual apelativo, nos interesa conocer por el momento hasta qué punto ella estuvo precedida por instituciones semejantes, así como también su proceso de gestación, el que está vinculado al momento intelectual y social de la Italia del siglo xiv. Estas bases nos permitirán explicar la emergencia de congregaciones homónimas.

El estudio de las Academias en la Italia del Renacimiento ha comportado una serie de restricciones y exageraciones en lo que se refiere a su contenido, a causa de la tendencia, en los estudiosos, a un excesivo nacionalismo o a una equivocada exégesis de las fuentes históricas. Son típicas por ejemplo durante el pasado siglo, opiniones como la siguiente: *L'Italia, madre in ogni tempo e nutrice d'alti e nobili ingegni; l'Italia, solita a precedere alle altre nazioni colla fiaccola illuminatrice degl'intelletti; l'Italia fu quella che dié al mondo i primi esempi de tali istituzioni...* nel xv secolo, en que la falta de sentido histórico se conjuga con un ingenuo romanticismo; o bien, interpretaciones exageradas y absolutamente erróneas que llevan a concluir que es tan antiguo el origen de las Academias que se podría decir que nacieron con el mundo mismo, siendo desde el principio aceptadas por todos los pueblos y naciones.

Dejando de lado opiniones del tipo de las recién ci-

tadas, debemos comprobar el hecho que las Academias concebidas, sea como una libre asociación de eruditos y literatos reunidos en torno a un príncipe munífico o a un privado insigne (caso de las Academias del siglo xv), sea como una reunión de poetas con la finalidad de lectura y crítica de sus producciones (caso de las Academias literarias del siglo xvi), sea como una corporación de doctos que se imponen ciertas reglas y proponen desarrollar determinado programa (caso de las Academias científicas del siglo xvii), no faltaron en Europa antes del siglo xv y fuera de Italia. A través de esto mismo pretendemos evidenciar también que las instituciones medievales semejantes constituyen fenómenos esporádicos que nada tienen que ver con la franca emergencia de las Academias del siglo xv; aislamiento que es aún mayor cuando se logra acreditar que la mayor parte de las asociaciones así mentadas pertenecen a la fantasía de algunos historiadores o a alguna equivocada interpretación de los textos que se relacionan con ellas.

En los siglos medievales podemos encontrar sin lugar a dudas, dos tipos de asociación que en muchos sentidos se acercan a las Academias Renacentistas. Así, alrededor del 800 se funda la Escuela Palatina de Carlomagno, llamada también Academia de Alcuino.

Las causas que concurren a su formación se nos presentan nítidas; ellas también establecen diferencias respecto de las Academias Renacentistas. Por un lado, Carlomagno, tenía un estrecho contacto con la Curia (depositaria de la tradición clásica); por otro estaba vinculado con los longobardos los que, próximos a Bizancio, poseían una cultura más desarrollada que la de los francos. Si a estos dos hechos agregamos la causal psicológica que se relaciona con la fuerte impresión que producen, en quien los contempla, los monumentos de arquitectura y escultura antigua, será obvio